

PA —
LA —
BRAS
MA —
YO —
RES .



Cuentos inteligentes

Publio Ovidio Nasón

Niu Chiao

Ibn Hazm

Don Juan Manuel

Giovanni Boccaccio

Francisco de Quevedo

Alexandre Dumas

Leo Frobenius



Cuentos inteligentes / Publio Ovidio Nasón ... [et al.] ;
compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires :
Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2017.
104 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Guido Indij)
ISBN 978-987-4198-02-0
1. Cuentos. I. Calero, Mercedes , comp.
CDD 863

© Factotum Ediciones, 2017
Pasaje Rivarola 169 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 1992, 2017
C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero
Coordinación editorial: Renata Cercelli
Prólogo: Hugo Salas
Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR
Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR
Diseño de interiores: Renata Cercelli
Armado: Brenda Wainer
Corrección: Mónica Campos y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-02-0

Libro de edición argentina.
Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

En los últimos años, la actividad cerebral parece haberse convertido en la nueva piedra filosofal del biologicismo, la peculiar concepción que intenta explicar todas las instancias de nuestra vida como resultado de condicionamientos físicos y fisiológicos. Como tal, logró incluso desplazar a la genética, que tan buen candidato llegó a parecer en algún momento. ¿Por qué nos gusta tal o cual tipo de persona? El cerebro. ¿Por qué los hombres son distintos de las mujeres? El cerebro. ¿Por qué se forman las sociedades? El cerebro. ¿Por qué uno se rasca cuando le pica? Adivine...

Lo cierto es que la materia gris no está sola. Detrás de todo esto, parece resonar una preocupación mucho más angustiante por la cuestión de la inteligencia, a la que se considera el único activo capaz de garantizar, en el mundo de hoy, la supervivencia dentro de un mercado

laboral cada vez más competitivo (perífrasis que en realidad quiere decir “de explotación intensiva”).

La selección que aquí presentamos traza una cartografía de algunos modos en que la literatura ha reflexionado acerca de la inteligencia, desde la Antigüedad hasta el siglo XIX. El breve pasaje adaptado de *Las metamorfosis*, de Ovidio, evidencia hasta qué punto, en el mundo grecolatino, la capacidad intelectual aparece vinculada al problema de la astucia -una inteligencia de índole práctica, que se aplica con estrategia a la consecución de un determinado resultado, por lo general perjudicial para otro-, pero también de lo superior, en la piel de las temperamentales divinidades paganas.

Por su parte, el relato chino “Historia de zorros” permite notar una concepción similar en Oriente, siempre que se advierta una diferencia sustancial: la astucia de los animales -que, a diferencia de la fábula, no adoptan aquí características humanas, sino más bien divinas- resulta inescrutable a los hombres. Tampoco es posible entender sus motivos, ni siquiera el papel que se les ha robado, lo que construye la idea de una verdad enigmática y oscura, más allá del cálculo y la estrategia.

Más o menos por la misma época, a fines del primer milenio de la era común, un musulmán radicado

en el Califato de Córdoba, Ibn Hazm, entiende que la astucia convierte el lenguaje en un espacio de segundos sentidos entre personas con un entendimiento común, con lo que se anticipa casi unos mil años a los trabajos de la pragmática. En el maestro árabe, la inteligencia ya no es cuestión de ingenio material, sino en la lengua.

La herencia de esta perspectiva (y, por ende, de la cultura árabe sobre la hispánica) se advierte en uno de los textos más célebres del Medioevo español, *El conde Lucanor*, con la novedad de que aquí el intelecto -encarnado en Patronio- aparece reducido al papel de consejero del poder, y atravesado por una moral cristiana en la cual ya no conviene el logro material inmediato, sino la sabiduría de una postergación en pro de un bien espiritual superior.

Será con la llegada del Renacimiento que la actividad intelectual pierda su carácter trascendente y la astucia pase a convertirse en una más de las capacidades humanas, tan proclive a lo importante como a pequeños caprichos y excusables maldades, algo de lo que incluso es posible reír, como ocurre en el episodio del inmortal *Decamerón*, de Boccaccio.

Este nuevo espíritu encuentra su manifestación en el texto fundante de la picaresca española, *La vida de Lazarillo de Tormes*, pieza en que la inteligencia

se aprende a los golpes, como en la mejor tradición del humor popular, y consiste ante todo en encontrar los mecanismos que permitan engañar el hambre. Casi un siglo más tarde, con *Historia de la vida del Buscón*, Quevedo ofrece ya una versión barroca, refinada, menos popular, de este tipo de ingenio, convertido en escenario para una sátira del mundo intelectual de su época.

Ya en el siglo XIX, por último, toda esta larga tradición aparece en términos de reescritura: ya sea en la vena romántica, como es el caso de Dumas, que vuelve sobre los textos clásicos, los cuentos maravillosos y el imaginario bíblico en busca de brillo y exotismo, o con el afán del etnógrafo, como Frobenius, que encuentra en las culturas que estudia en África una tónica distinta: la necesidad de la naturaleza de poner una limitación a las posibilidades de la astucia.

Hugo Salas

Atalanta

Publio Ovidio Nasón

Cuenta Venus a Adonis: sin duda habrás oído hablar de que había una mujer que vencía en los concursos de carreras a los hombres más veloces. Esto que se cuenta no es una fábula, pues les ganaba todos. Y no podrías decir si era más extraordinaria por la gloria de sus pies o por el prestigio de su belleza. Cuando un día preguntaba a un dios si debía casarse, este le contestó: “Atalanta, tú no necesitas un marido; huye del contacto de un marido. Y no obstante, no te escaparás y, sin dejar de vivir, dejarás de ser tú misma”.

Aterrorizada por la respuesta del dios, la doncella se va a vivir a los sombríos bosques. A las instancias de los pretendientes, que acuden en gran cantidad, opone con gran violencia una condición que los ahuyenta, diciendo: “No he de pertenecer a nadie si antes no me ha vencido en la carrera; competid conmigo con

los pies. Al más veloz le será concedida mi mano y mi lecho: aquellos a quienes venza pagarán la derrota con sus vidas: tal será la ley del certamen”. Crueles eran esas condiciones, pero una gran multitud de pretendientes temerarios las aceptaron.

Hipómenes se había sentado como espectador de la desigual carrera, y se decía: “¿Es posible que se afronte tan gran peligro para conquistar a una esposa?”. Y condenaba el amor insensato de estos jóvenes. Pero cuando vio el rostro de Atalanta y el cuerpo despojado de sus velos, semejante al mío, o al tuyo si fueras mujer, se quedó atónito, y, levantando las manos, dijo: “Perdonadme, vosotros a quienes antes acusaba; todavía no conocía el premio al que aspirabais”. Al hacer esta alabanza de su cuerpo, se inflama y desea que ninguno de los jóvenes corra a mayor velocidad, haciéndole temer los celos. Dijo entonces: “¿Por qué voy a dejar de probar fortuna en este certamen? El mismo dios ayuda a los audaces”.

Mientras Hipómenes se consulta, la doncella vuela con pies que parecen alas; y aunque pareciale al joven aonio que ella se movía con más rapidez que una flecha de Escitia, sin embargo, admira todavía más su belleza, a la que la carrera da mayor realce. La brisa lleva hacia atrás las ligaduras de las rápidas sandalias y los cabellos se agitan sobre su espalda de

Historia de zorros

Niu Chiao

Wang vio dos zorros parados en las patas traseras y apoyados contra un árbol. Uno de ellos tenía una hoja de papel en la mano y ambos se reían como compartiendo una broma.

Trató de espantarlos, pero se mantuvieron firmes y él disparó contra el del papel; lo hirió en el ojo y se llevó el papel. En la posada refirió su aventura a los otros huéspedes. Mientras estaba hablando, entró un señor que tenía un ojo lastimado. Escuchó con interés el cuento de Wang y pidió que le mostraran el papel. Wang ya iba a mostrárselo, cuando el posadero notó que el recién venido tenía cola. “¡Es un zorro!”, exclamó, y en el acto el señor se convirtió en un zorro y huyó.

Los zorros intentaron repetidas veces recuperar el papel, que estaba cubierto de caracteres ininteligibles;

Sobre las alusiones verbales

I b n H a z m

Cuando deseamos una cosa, fuerza es que busquemos un medio que nos conduzca a ella o un camino que hacia ella nos lleve, pues el único que puede crear cuanto le apetezca sin necesidad de medianeros es el Sabio Primero (¡ensalzada sea su alabanza!).

La primera industria de la que suelen echar mano los que suspiran por la unión y los enamorados, para declarar sus sentimientos a los seres que aman, es la de las alusiones verbales, que pueden hacerse recitando una poesía alusiva, trayendo a colación un refrán oportuno o un verso enigmático, dejando caer frases ambiguas, o subrayando con intención las palabras. Las gentes hacen uso de unos u otros de estos ardidés, conforme al alcance de su entendimiento y a la disposición que ven en quienes aman, según estén desabridos o afables, y sean agudos o romos. Yo sé

incluso de alguien que comenzó a declarar su amor a quien amaba con recitarle unos versos que yo había compuesto.

De estas o de parecidas artes ha de servirse el que busca el amor. Si halla buena acogida y aliento, sigue adelante; pero siempre, aunque vea algo de esto, mientras recita alguno de los versos que hemos dicho o usa alguna de las ideas que hemos expuesto; mientras espera una contestación, bien de palabra o por la expresión del semblante o por los ademanes, está, aunque sea por un momento, como suspenso y temeroso entre la ansiedad y la desesperanza. Son, en efecto, los instantes decisivos o para granjearse su anhelo o para darlo por perdido.

Hay, además, otra especie de alusiones verbales; pero estas no se usan más que cuando los enamorados están ya acordes y el amado sabe la inclinación que se le tiene. Entonces: las quejas, el concertar citas, el enumerar agravios y los incidentes todos del amor se declaran por medio de alusiones o palabras que ofrecen a los que oyen un sentido aparente, distinto del que los amantes se proponen, y a las que los circunstantes dan una respuesta que nada tiene que ver con lo que los amantes quieren decirse, pero conforme con lo que les ha entrado por los oídos y se ha presentado a su imaginación. Los amantes, en

Lo que sucedió al que dejaron desnudo en una isla al concluir el mandato

Don Juan Manuel

Hablando otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, dijole así:

—Patronio, muchos me dicen que, puesto que soy tan rico y poderoso, haga por aumentar riqueza y poder, que esto, en mi caso, es lo natural y lo que me conviene. Como sé que siempre me habéis aconsejado lo mejor, y que lo mismo haréis de aquí en adelante, os ruego me digáis lo que creáis que yo deba hacer.

—Señor conde —respondió Patronio—, este consejo es difícil de dar por dos razones: la una, porque para bien aconsejaros habré de deciros que hagáis lo contrario de lo que a vos os gustaría hacer; la otra, porque no me es agradable hablar en contra de lo que aparentemente os beneficia. Como concurren en este asunto esas dos circunstancias, comprenderéis que me gustaría no tener que opinar; pero como la lealtad del consejero

está precisamente en decir lo que cree que es mejor, sin mirar si agrada o desagrada, no dejaré yo por nada del mundo de decirlo lo que me parece que os conviene más. Por eso empiezo por afirmar que los que os dicen que acrecentéis riqueza y poder os aconsejan bien desde un punto de vista, pero que no creo que este consejo sea bueno ni os convenga a vos. Para que podáis ver esto más claro me gustaría mucho que supierais lo que sucedió a un hombre al que hicieron señor por un año.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, en un país tenían la costumbre de elegir cada año un señor. En aquel año hacían todas las cosas que el señor mandaba. Al terminarse le quitaban cuanto tenía y lo dejaban solo y desnudo en una isla desierta.

Sucedió que una vez eligieron por señor a un hombre más inteligente y precavido que los anteriores. Como sabía que al acabar el año habían de hacer con él lo que con los otros, con mucha antelación mandó hacer, en secreto, en la isla a que le tenían que llevar, una casa muy cómoda y espaciosa, en la que puso todo lo necesario para vivir bien. Construida, además, en sitio tan oculto que no pudieran saberlo ninguno de los que lo habían elegido señor. Advirtió también a ciertos amigos, cuya gratitud se supo ganar,

Índice

Prólogo, 5

Atalanta, 9

Publio Ovidio Nasón

Historia de zorros, 17

Niu Chiao

Sobre las alusiones verbales, 19

Ibn Hazm

Lo que sucedió al que dejaron desnudo en una isla al concluir el mandato, 23

Don Juan Manuel

Tofano cierra la puerta a su mujer, 27

Giovanni Boccaccio

Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fue, 33

Anónimo

En que me hago representante, poeta y galán de monjas, 47

Francisco de Quevedo

El silbato encantado, 63

Alexandre Dumas

El hombre del alfanje, 73

Alexandre Dumas

Somba y la hija de Niaka, 87

Leo Frobenius

El astuto, 93

Leo Frobenius



PALABRAS 31 puntos

PALABRAS M. 25 puntos

PALABRAS MAYO 20 puntos

PALABRAS MAYOR 18 puntos

PALABRAS MAYORES 16 puntos

📍 PALABRAS MAYORES 15,5 puntos

PALABRAS MAYORES | 15 puntos

PALABRAS MAYORES PA 14 puntos

PALABRAS MAYORES PAL 13 puntos

PALABRAS MAYORES PALA 12 puntos

PALABRAS MAYORES PALABR 11 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS 10 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MA 9 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PAL 7 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS 6 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES F 5 puntos

PALABRAS MAYORES es la colección de literatura que diseñamos pensando en tu confort. Elegimos para ello la tipografía, su tamaño e interespacios, las interlíneas y los márgenes de página más cómodos.

Cuanto menos se cansa tu vista, más lees.

Cuanto más lees, más lejos llegás.